

www.elboomeran.com

Massimo Recalcati

Ya no es como antes

Elogio del perdón en la vida
amorosa

Traducción de Carlos Gumpert



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Titulo de la edición original:

Non è piu come prima. Elogio del perdono nella vita amorosa

© Raffaello Cortina Editore

Milán, 2014

Questo libro è stato tradotto grazie ad un contributo alla traduzione assegnato dal

Ministero degli Affari Esteri italiano – Este libro se ha publicado con una subvención a la traducción concedida por el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano.

Ilustración: «La paja en el ojo ajeno», 2014, collage hecho a mano,

© Carmen M. Cáceres

Primera edición: octubre 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Carlos Gumpert, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6390-1

Depósito Legal: B. 18277-2015

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

El regalo más precioso que me hizo el matrimonio fue el de brindarme un choque constante con algo muy cercano e íntimo pero al mismo tiempo indefectiblemente otro y resistente, real, en una palabra.

C. S. LEWIS,
Una pena en observación

INTRODUCCIÓN

Un psicoanalista escucha cotidianamente los suplicios de la vida amorosa: aislamiento emocional, inhibiciones y síntomas sexuales, búsqueda compulsiva de relaciones que no proporcionan satisfacción alguna, decepciones que siguen inevitablemente a los primeros éxtasis del enamoramiento, infidelidad, aburrimiento, celos, caída del deseo, separaciones, malos tratos, incapacidad de amar, dificultades para encontrar al hombre o a la mujer adecuados. Sin embargo, en nuestros días las penas de amor parecen haber adquirido un estatuto diferente al que tenían en el pasado. La libertad sexual y la emancipación femenina, por citar sólo dos de los fenómenos más importantes de las últimas décadas, han desbaratado ciertos estereotipos del sufrimiento amoroso. El platonismo desesperado de quienes cultivaban en secreto sus pasiones, inhibidas frente a una realidad frustrante, ha dado paso a una difusa desinhibición y a la multiplicación en plena libertad de las experiencias sexuales y amorosas. Todo parece consumirse más rápidamente, sin obstáculos ni censuras morales. La crítica a toda forma de institucionalización de los vínculos entre los sexos parece haberse convertido en un estereotipo políticamente

correcto. Con todo, el culto colectivo a un amor sin constrictiones es una ilusión que sólo ha generado fuegos fatuos. La invocación de la libertad absoluta y la irritación ante cualquier forma de vínculo que implique responsabilidad ha dado vida a un nuevo amo. No ya aquel que blandía el garrote de la interdicción, sino el que exige un goce siempre Nuevo, y, en consecuencia, vive las relaciones que se prolongan en el tiempo como cámaras de gas que acaban con la fascinación misteriosa del deseo. A rey muerto, rey puesto: el periodo de duelo es rechazado de forma maníaca como innecesariamente triste y costoso. En vez de elaborar con dolor la pérdida del objeto amado, preferimos encontrar en el menor tiempo posible su sustituto, adaptándonos a la lógica imperante que gobierna el discurso del capitalismo: ¡si un objeto ya no funciona, nada de nostalgia! ¡Reemplacémoslo con su última versión!

En una época en la que todo parece perseguir a las perversas sirenas de lo Nuevo, este libro pretende ser un canto dedicado al amor que resiste, al que insiste en la reivindicación de sus vínculos con lo que no pasa, con lo que es capaz de perdurar en el tiempo, con lo que no se puede desgastar. No trata de los enamoramientos que se agotan en el plazo de una noche sin dejar rastro. Indaga en los amores que duran toda la vida, que dejan huella, que se resisten a morir, que reniegan de la cínica sentencia de Freud según la cual el amor y el deseo están destinados a vivir separados porque la existencia de uno (el amor) excluye necesariamente la del otro (el deseo sexual). Trata de esos amores en los que el deseo crece y no se marchita con el paso del tiempo, puesto que ensancha eróticamente el horizonte de los cuerpos de los amantes y, al mismo tiempo, el del mundo. De esos amores en los que el éxta-

sis del encuentro se obstina en repetirse, en desearse una vez más, en permanecer fiel a sí mismo, en el que la ebriedad no se desvanece, sino que carga el propio sentido del tiempo volviéndolo eterno. Son esos amores animados por lo que el poeta Paul Éluard, citado en una ocasión por Jacques Lacan, denomina «el duro deseo de durar».¹

En este libro nos preguntamos qué ocurre en esa clase de relaciones cuando uno de los dos traiciona, falta a la promesa, vive otra experiencia afectiva en el secreto y en el perjurio. ¿Qué sucede con los amores embestidos por el trauma de la traición y del abandono? ¿Qué sucede después, si quien traiciona pide perdón? ¿Si pide, después de haber decretado que ya no era como antes, seguir siendo amado y quiere que todo vuelva a ser como antes? ¿Es realmente posible el perdón en estos casos? ¿O debemos limitarnos a evocar la sentencia freudiana de que todo amor es un sueño narcisista, de que no existen promesas, de que no existen amores «para siempre», de que no existe amor por el Otro que no sea amor propio? ¿Hemos de escupir sobre el amor, hemos de ridiculizar a los amantes en sus esfuerzos para que el amor dure?

Los análisis que Freud desarrolla en sus *Contribuciones a la psicología del amor* se limitan a describir la versión neurótica de la vida amorosa. Su tesis relativa a la escisión entre deseo sexual y amor, que lleva al hombre a desdoblarse el objeto de su goce erótico del amor afectivo, ha sido malinterpretada a menudo, como si se diera una imposibilidad estructural de conciliar el ámbito del goce sexual del

1. P. Éluard, «El duro deseo de durar», en *Ultime poesie d'amore*, Passigli, Florencia, 1996. [Trad. esp.: *Últimos poemas de amor*, trad. de Jesús Munárriz, Hiperión, Madrid, 2005.]

cuerpo con el del amor como don de uno mismo al Otro. Debe quedar bien claro: el que la clínica psicoanalítica se ocupe de esta escisión (neurótica) entre el goce sexual y la ternura amorosa hacia el Otro no quiere decir que esta división proporcione el sello estructural del amor. ¿Qué objetivo puede tener el psicoanálisis si no el de hacer posible precisamente la existencia de vínculos en los que el deseo amoroso hacia el Otro converja con el goce erótico del cuerpo? ¿No es ésta una de sus apuestas más relevantes? La experiencia lo constata: hay amores en los que el deseo amoroso no se escinde en absoluto del goce sexual, sino que crece exponencialmente junto a la pasión erótica por el cuerpo del Otro. Era lo que llevaba a Lacan a definir el amor como *la única* oportunidad de hacer converger, sin disociarlos neuróticamente, el deseo con el goce.¹

Este libro no pretende cuestionar la patología de la escisión entre deseo y placer, sino examinar un aspecto de la vida amorosa tan importante como extrañamente dejado de lado por el psicoanálisis como el del perdón. Aborda el perdón como una de las pruebas más altas y más difíciles que pueden aguardar a los amantes.

El trabajo del perdón viene siempre precedido por el trauma de la traición y el abandono. El objeto amado se desvanece, se transfigura, se aleja. Sabemos que cada trauma carga, con un solo movimiento sísmico, contra el sentido global del mundo y el de nuestra existencia. No es sólo el objeto amado el que se derrumba, sino que también el propio orden del mundo, a causa de esa pérdida, se

1. «Sólo el amor permite al goce condescender al deseo», J. Lacan, *Il Seminario. Libro X. L'angoscia (1962-1963)*, ed. de A. Di Ciaccia, Einaudi, Turín, 2007, p. 193. [Trad. esp.: *El Seminario. Libro 10. La angustia*, Paidós, Buenos Aires, 2006.]

resquebraja, se vuelve irreconocible, deriva en un puro sinsentido.

¿Cómo puede uno vivir en las cenizas de esa retirada del Otro sin destruirlo todo? ¿Cómo resistir a la traición de la promesa? Al igual que el trabajo del duelo, el trabajo del perdón también requiere un suplemento de tiempo para poder completarse. A veces se topa con el muro, imposible de superar, de la pérdida de confianza en la palabra del Otro. Puede suceder, en ese caso, que el perdón se vuelva imposible precisamente a causa del amor. Es una de las tesis de este libro: el fracaso del perdón no ha de considerarse de segunda clase respecto a un trabajo del perdón que llega a buen puerto. Varios pacientes hablan de un colapso irreversible de la confianza en el Otro que ya no puede recomponerse. ¿Cómo culparles? También en estos casos choca el sujeto contra el muro de lo imposible: no puede perdonar, no puede olvidar la herida del perjurio porque perdonar supondría olvidar, no querer saber, hacer la vista gorda, no abordar todas las consecuencias que la verdad traumática de la traición y el abandono ha comportado. Otras veces, por el contrario, el trabajo del perdón desafía a lo imperdonable y salva el amor resistiendo a la tentación del espíritu de venganza. Es una de sus alegrías misteriosas; la que consiente un nuevo comienzo, una reanudación absoluta.

El lector encontrará dos libros en uno. Por un lado, una reflexión teórica y clínica acerca del trabajo del perdón en la vida amorosa. Por otro, las vicisitudes de O., que nos relatan la historia de un hombre en la plenitud del éxito profesional, de la serenidad familiar y de la alegría erótica por su compañera de toda una vida que se topa, sin aparente aviso previo, con la arista, dura y traumática, de la traición y el abandono. La figura de O. sur-

ge de una mezcla literaria de diferentes materiales, sobre todo de historias de pacientes extraídas de mi trabajo como psicoanalista, debidamente transformadas para volverlas irreconocibles y amalgamadas con elementos más autobiográficos. El resultado es un relato que no pretende exponer lo que la teoría trata de formular conceptualmente. Según la concepción clásica, el psicoanálisis trata más bien de alcanzar, a través de la singularidad de un caso (¿«clínico» o, más radicalmente, «humano»?), no la confirmación de la doctrina, sino el lugar del que la doctrina mana. Con la diferencia de que el caso en cuestión no es una historia clínica auténtica, ni el informe de un tratamiento psicoanalítico, sino una suerte de material existencial expuesto en su realidad más desnuda, deliberadamente desprovisto de cualquier comentario interpretativo. Con un estilo narrativo, puede constatarse el tremendo impacto del trauma de la traición y el abandono en la vida de O., su caída en el vacío del sinsentido y su resistencia a la tentación de la autodestrucción y al aniquilamiento del Otro hasta confrontarse con la posibilidad (o imposibilidad) del perdón.

No hay amor, ni siquiera el que vive en la promesa del «para siempre», que esté a salvo del riesgo de su final, porque todo amor humano implica siempre la exposición absoluta al Otro, que nunca excluye la posibilidad de su apartamiento y desaparición. En todas esas situaciones en las que el impacto traumático de la traición ha puesto el amor de rodillas, ¿es realmente posible que el trabajo del perdón devuelva la vida a lo que parecía irremediabilmente muerto? Ésta es la apuesta más auténtica de este libro.

Agradecimientos

Quiero expresar mi agradecimiento a mi amigo y editor Raffaello Cortina por haber creído en mí en estos últimos años, y a Maria Egidi, con quien comparto buena parte de mi tiempo de trabajo y que, en estos diez años de colaboración, me ha soportado con paciencia, amor y alegría. También a Federica Manzon y a Lucrecia Lerro, por su amistad y por haber leído y comentado las partes narrativas del libro, dándome valiosos consejos. A Mauro Grimaldi, por haber prestado atención a este libro desde su primera concepción durante nuestras carreras matutinas por el parque Sempione y en otros lugares. Por último, a Enzo Bianchi por su presencia silenciosa en mí.

1. LA IDEOLOGÍA DE LO NUEVO

La degradación contemporánea de la vida amorosa

El amor es una trampa, un engaño, una ilusión destinada a derretirse como la nieve bajo el sol, el efecto de un sueño de la razón, de una impostura, de un truco neuroendocrino. Todo amor conoce su agonía antes o después, revelando su naturaleza de artificio. El tiempo corroe la pasión decretando su final, desclasándola a mera administración de bienes y servicios. Tras los primeros trastornos extáticos provocados por el influjo de la dopamina en ciertas áreas del cerebro, todo vínculo amoroso se aplanan en una rutina sin deseo; el tiempo mata inevitablemente el entusiasmo que circunda la emoción del primer encuentro. Sin la estimulación de lo Nuevo, todo enamoramiento acaba en las arenas movedizas de una intimidad alienante desprovista de erotismo. De este deterioro del deseo en el teatrillo de la vida familiar, la camiseta blanca del padre cabeza de familia fue para Adorno el símbolo de generaciones enteras. La intimidad aliena progresivamente y destruye irreversible-

mente la vitalidad del deseo.¹ Esta versión tradicional de la alienación de los lazos familiares se ha visto hoy probablemente sustituida por la imagen de la pareja tumbada en el sofá delante de la televisión o del hombre y de la mujer que, en lugar de conversar o apasionarse en compartir sus proyectos, se sumergen como autistas, cada uno por su cuenta, en el mundo cerrado de su propio iPhone.

En la vida contemporánea el deseo erótico se nos muestra como rígidamente alternativo a los vínculos familiares. La existencia de estos vínculos hace que se desvanezca, que se marchite, puesto que se construyen precisamente sobre la interdicción de ese deseo. No hay escapatoria. O el deseo o la familia, parece recitar el estribillo del hiperhedonismo contemporáneo. ¿Y el psicoanálisis? ¿Es que no ha contribuido a hacer que emerja esa verdad? ¿No es precisamente su doctrina la que ha demostrado cómo la escisión entre el amor y el deseo sexual acompaña a la vida humana desde sus primeras relaciones afectivas? ¿No es a esa escisión a la que se refiere Freud al teorizar la muy generalizada degradación de la vida amorosa? El cuerpo de la madre como sede de las primeras e intensas vivencias amorosas del niño queda prohibido para su deseo. Esta incompatibilidad entre el amor y el deseo sexual lleva a los hombres a transformar a sus compañeras en madres y a buscar la pasión erótica en mujeres ajenas a la familia, fantasmizándolas como las mujeres del sexo sin amor. Es la disyunción clásica entre la mujer amada, madre de hijos y compañera de toda la vida, y la mujer-prostituta con la

1. Véase T. W. Adorno, *Minima moralia. Meditazioni della vita offesa*, Einaudi, Turín, 1979, p. 215. [Trad. esp.: *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada*, trad. de J. Chamorro Mielke, Taurus, Madrid, 2001.]

que pueden vivirse con intensidad todo tipo de pasiones eróticas. Es la disyunción freudiana entre la corriente amorosa de la ternura y el deseo sexual.¹ Como si la única condición de la vitalidad del deseo fuera la escenificación perversa de la transgresión de la Ley. Si la prohibición del Padre recae sobre la mujer-madre, ello alimenta en el sujeto el impulso de buscar el objeto del deseo fuera de la jurisdicción de la familia como sede de objetos prohibidos. A partir de esa prohibición inicial toma cuerpo la escisión entre la corriente de ternura y la de sensualidad, y ambas se extenderán en la vida del sujeto como dos líneas paralelas que, incluso si se prolongan indefinidamente, nunca llegarán a converger: la mujer amada jamás coincidirá con la mujer del deseo.

Lo que Freud no había previsto, quizá, es que esta común degradación de la vida amorosa ya no recae exclusivamente en el sexo masculino, sino que se extiende también al mundo femenino. Antonia me cuenta en el análisis cómo su vida afectiva está totalmente escindida entre un vínculo matrimonial que se ha vuelto aburrido y carente de entusiasmo y la relación con un colega que le empuja a mantener relaciones sexuales que rozan el abuso. El profundo afecto que siente por su marido se ha desvinculado irremisiblemente del deseo, en el mismo grado que el desprecio que siente por su amante parece paradójicamente

1. Véase S. Freud, *Contributi alla psicologia della vita amorosa*, en *Opere*, ed. de C. L. Musatti, Boringhieri, Turín, 1967-1980, vol. 6, pp. 411-448. [Trad. esp.: *Contribuciones a la psicología del amor*, en *Obras completas*, trad. de José L. Etcheverry, vol. XI, Amorrortu, Buenos Aires, 1979). Una lúcida lectura del texto freudiano en clave lacaniana puede encontrarse en J.-A. Miller, *Logiche della vita amorosa*, ed. de A. Di Ciaccia, Astrolabio, Roma, 1997, pp. 11-57. [Trad. esp.: *Lógicas de la vida amorosa*, Manantial, Buenos Aires, 1991.]

alimentarlo. Antonia se halla claramente dividida: la ternura de su marido le resulta tan irrenunciable cuanto la carga de transgresión erótica que encuentra en ese otro hombre. De este modo, su vida se ve atravesada por esa escisión que Freud había trazado como paradigma de la degradación de la vida amorosa masculina. La libertad sexual, tan laboriosamente alcanzada por las mujeres, corre así el peligro de calcar los pasos en falso de la neurosis masculina: vivir su pareja como un límite, aspirar a un vínculo más allá del marco familiar como la única posibilidad de practicar de forma vital y no repetitiva el deseo sexual.

Pero existen otras variaciones del esquema freudiano. Por ejemplo, un hombre me habló en el curso de su análisis de la necesidad que sentía de traicionar a su esposa, a la que pese a todo aseguraba amar profundamente. En este caso, la vida sexual de esta pareja, después de muchos años de matrimonio, había conservado intacto su valor libidinal y erótico. Lo que estaba en juego no era, por lo tanto, la clásica desarticulación entre la vida afectiva y la pasión erótica, entre la corriente de la ternura y la del deseo sexual. Más bien parecía evidente que la condición que había preservado aquella complicidad sexual y el amor familiar en esa pareja era precisamente el hecho de que ese hombre siempre hubiera traicionado a su mujer. De esta manera él la convertía, durante determinados periodos, en objeto perdido y, por lo tanto, deseable al máximo. La existencia de la amante le servía para descompletar a su mujer volviéndola ausente, para activarla entonces de nuevo como un sujeto de deseo emancipado de la rutina familiar.¹

1. Acerca de esta nueva y específica degradación de la vida amorosa, véanse las precisas observaciones de C. Melman, *L'uomo senza gravità. Conversazioni con Jean-Pierre Lebrun*, Bruno Mondadori,

¿Resignación o dopamina?

Es un hecho probado: las parejas se separan, los matrimonios fracasan, la duración de los vínculos se acorta. En particular, el nacimiento de un hijo coincide a menudo con una crisis de la unión por ambas partes; al hombre le cuesta encontrar en la mujer, convertida en madre, a la persona de la que se enamoró; la mujer, identificando al hombre como padre de su familia, queda sexualmente insatisfecha y busca en otro el objeto capaz de reavivar su deseo erótico.¹ La práctica psicoanalítica ofrece innumerables retratos de esta tendencia. Pero su fundamento se encuentra en esa mentira de nuestro tiempo que ratifica la equivalencia entre lo Nuevo y la felicidad. Esta mentira nos constrañe a vivir en una frenética búsqueda de lo Nuevo con el presupuesto (falso) de que en lo Nuevo hallaremos la plena realización de nosotros mismos. La ridiculización del *pathos* amoroso hacia el absoluto, de la promesa de los amantes de que su pasión sea «para siempre», no nace sólo del desencanto cínico, sino también, y sobre todo, del imperativo social de lo Nuevo y de su explosiva mezcla con una versión reductoramente mecanicista del hombre que parece apoyar la investigación científica, como cuando, por poner sólo un ejemplo, único pero elocuente, un gran biólogo y neurólogo como Robin Dunbar recuerda, enfriando la ardiente e ingenua vehemencia de

Milán, 2011, pp. 32-34. [Trad. esp.: *El hombre sin gravedad. Entrevista con Jean-Pierre Lebrun*, Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 2005.]

1. Una intensa e irónica representación de esta condición dilemática puede encontrarse en A. Scurati, *Il padre infedele*, Bompiani, Milán, 2013. [Trad. esp.: *El padre infiel*, trad. de Xavier González, Libros del Asteroide, Barcelona, 2015.]

los amantes que viven con arrebatos románticos la experiencia del beso, que

[el] beso, probablemente, es sobre todo un test acerca de la salud y la genética de la futura pareja. Que tiene que ver con la salud es evidente porque las malas condiciones de salud se reflejan en el mal aliento y en el sabor amargo de la boca, dos cosas fácilmente detectables cuando se besa.¹

La cuestión es que en nuestra época la dificultad de combinar el goce sexual con el amor, que, como hemos visto, definía para Freud la neurosis más común de la vida amorosa, se ha convertido en el emblema de una verdad que parece irrefutable: el deseo está destinado a morir si su objeto no se renueva constantemente, si no se cambia de pareja, si se le encierra durante mucho tiempo en el estrecho habitáculo de una única relación. La proliferación de divorcios y separaciones ratifica sin posibilidad de apelación esta verdad. Está fuera de discusión: un vínculo matrimonial, o incluso tan sólo de convivencia, que se prolonga en el tiempo está destinado, como mínimo, a adormecer, cuando no a eliminar del todo, el impulso erótico del deseo. El cinismo materialista del hiperhedonismo contemporáneo parece encontrar apoyo en las investigaciones más avanzadas de la ciencia: el enamoramiento es una suerte de dopaje destinado a perder en pocos meses (de tres a dieciocho, digamos) su efecto. En el encuentro amoroso las áreas cerebrales destinadas al juicio y al análisis crítico quedan ofuscadas por un incremento de la dopamina, es decir, de esa

1. R. Dunbar, *Amore e tradimento*, Raffaello Cortina, Milán, 2013, p. 63.

hormona que activa nuestros impulsos más irracionales y eufóricos. Pero este ofuscamiento tiene los días contados y debe evolucionar hacia un estado de calma monógama (promovido por la activación de los receptores de oxitocina) o reavivarse febrilmente a través de un nuevo encuentro.¹

Frente a esta demolición cínica y científicista del amor, las opciones que nos quedan parecen ser únicamente dos: aceptar la corrupción inevitable de los vínculos amorosos y cambiar de pareja cada cierto tiempo para reavivar nuestra propia vida pasional (cambio que también puede consistir en llevar una vida paralela respecto a la de la pareja, como en el caso de los amantes), o bien resignarnos a una vida sin deseo, al runrún del teatrillo familiar, garantizándonos así una seguridad afectiva y monógama como contrapartida a la aquiescencia de la desecación mortífera del deseo.

Pero ¿son de verdad sólo esos dos los caminos que podemos recorrer? ¿Puede aceptar el psicoanálisis que el discurso del amor se reduzca a la metonimia vacua del deseo o a la adaptación resignada y desencantada del hastío regulado por el principio de realidad? ¿No fracasa de esta manera en su misión fundamental, que estriba en el rechazo de cualquier acomodación conformista del deseo?

Debemos constatar que nuestros tiempos ya no son los de Freud. En aquel momento, el psicoanálisis hizo una enorme contribución a la deconstrucción crítica del Ideal romántico del amor mostrando cómo ese Ideal recubría a menudo lo real, obscuro e indecible del impulso pulsional. En ese momento se trataba de desenmascarar el amor como un Ideal postizo que acababa por imponer una camisa de fuerza a la potencia inconsciente del deseo. Las sospechas del psicoanalista desvelaban cómo la codicia y la afirma-

1. *Ibidem*, pp. 39-50.